

DAVID PUJANTE, *EL SUEÑO DE UNA SOMBRA*, VALENCIA, CALAMBUR, 2019, 153 pp.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

El sueño de una sombra nos habla del paso del tiempo, y de la conciencia de lo que ya nunca va a volver, de esa certeza de estar arrebatándole a las horas y a los días las últimas reflexiones. Lo que nos queda por vivir. Aunque sin duda «*Mors ultima línea rerum est*» (pp. 131-136), como reza el poema, de estirpe horaciana, lo cual nos iguala a todos ante la Pelona. En ese poema se plantea antes que nada una suerte de imperativo por el que todavía hay vida, a pesar de todo, todavía estamos aquí y habrá que pelear y arrancarle a la vida sus placeres, llevárnoslos a la tumba. No en vano en la última composición, «Viajero con pequeño cuadro» se apela a la dialéctica *ars longa/vita brevis*, pero quizás habría que comenzar a hablar de *El sueño de una sombra* a partir de ese poema ante citado, «*Mors ultima línea...*», pues las preguntas se suceden a partir de esta premisa: «El tiempo se desdora, / el pensar se deslíe, / el sentir ha estallado.» (p. 135). El tiempo que nos queda por vivir da igual que sea un minuto o mil días, hay

que vivirlo con plenitud, sin ansiedad ni desesperación, sin tristeza ni euforia, con alegría y amor, con entrega y dedicación.

Así, *El sueño de una sombra* nos ofrece una lectura reconfortante que, a través de la poesía, nos reconcilia con la vida, tanto con lo que hemos vivido con sus errores, como con lo que nos queda aún por experimentar. La advocación de tres poetas fundamentales en la sección «Poetas en su madurez (Homenaje)» (pp. 49-64), se convierte para David Pujante (Cartagena, Murcia, 1953, pero residente en Valladolid hace ya varias décadas, donde ejerce la docencia como catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada), nuestro poeta, en una referencia importante: Francisco Brines en Elca, Luis Cernuda en Ciudad de México y Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico (sobre el que Pujante realizó su tesis doctoral), nos ponen delante de una tradición singular en el decir, ese carácter que es destino y la asunción de la poesía como realidad vi-

tal, como única razón del existir. Además, un verso de Brines podría ser el resumen de algunas de las secciones palpitantes y evocadoras de *El sueño de una sombra*, «Agradece a la vida esos errores», pues en ese debate se entrega nuestro poeta en algunas ocasiones, tratando de hacer balance... E igual podría argumentarse con el pasado, que puede convertirse más en una losa que en una lanzadera, una losa, claro, antes de tiempo, antes de esa losa absoluta del viaje definitivo: «Por un momento vuelve a los inicios, / vuelve al entendimiento primigenio. / Comprende los errores y los triunfos. / Ama lo que vivió» (*ibíd.*). El poeta se encuentra en un momento delicado de la vida, en la meditación del otoño, un momento en el que tiene que asumir que le queda menos tiempo hacia delante, hacia el futuro, del que ya tiene recorrido hacia atrás, hacia el pasado, y es duro asimilarlo.

No obstante, *El sueño de una sombra* se abre con un «Nuevo pórtico» (pp. 11-21) que nos anuncia el tono estoico del libro. Tono de aceptación moral y meditación que acaba imponiéndose como lectura y con sabiduría. El conocimiento es sabiduría y, por tanto, aceptación de lo que nos tiene reservado el destino, desde nuestro nacimiento en todo punto aleatorio hasta el obligatorio deceso. El autor pone poesía al mundo para hacerlo más dulce, «para testimoniar / la aceptación serena» (p. 16) de «la herida del mundo» (*ibíd.*). Las preguntas metafísicas podrían sucederse, y de hecho aparecen en algunos versos a lo largo del poemario, pero lo cierto es que la vida se parece más bien a un viaje a ninguna parte, como se desprende de «La poesía de a diario» (pp. 17-21), pues «escribiendo poesía compartimos / la certeza del cálido sofoco del destino» (p. 19).

El barroquismo del título, *El sueño de una sombra*, es solo aparente, y más un ascendente. En efecto, los versos de David Pujante pertenecen a la naturalidad y al clasicismo en modo alguno recargado. Desde el destierro físico —Pujante ha transitado laboralmente por numerosos lugares de la geografía española a lo largo de sus casi siete décadas— de las primeras composiciones («Crónica del desterrado», pp. 23-48), en el que ya se invoca a Horacio, pensándose a sí mismo en una mañana de amanecida tomando «un café calentito / en un bar con vaharada que te acoge» (p. 29), «porque lo pide el cuerpo» (p. 30), hasta el destierro simbólico, el que es expulsado del tiempo, y solo posee recuerdos. Valladolid y Murcia son, si no opuestos, dos espacios humana y orográficamente diversos. Destierro o paraíso perdido, «expulsado», que será para siempre la infancia, como veremos. Podría decirse que asistimos en muchas ocasiones a una especie de «tempestad serena» garcilasiana, no exenta de «vino triste» al estilo de Pavese («En las horas amargas», pp. 35-38), «porque hoy, sin embargo, el trago sabe amargo, / inesperadamente muy amargo» (p. 37), que finaliza casi siempre de manera optimista: «No, la vida aún le da / sus regalos de otoño. / En el jardín, el ave / del paraíso, hoy mismo, / ha vuelto a florecer.» (p. 38).

Optimismo expresado como *ananké* en el poema homónimo (pp. 39-44), necesidad de ser, inevitabilidad, compulsión e ineludibilidad de las cosas y el mundo, *fatum* de este «sinvivir» (p. 42) que se muestra más como fugacidad que como permanencia, «Porque la vida siempre es un destello. / Un destello fugaz» (p. 47, de «De la alegre fugacidad del vivir»), que nos exhorta: «No preguntes, disfruta

en la cadena / de las fugacidades» (p. 48). Optimismo que arranca desde la infancia, tantas veces presente en las páginas de *El sueño de una sombra*, y que se podría considerar primer motor o motor inmóvil del poemario. Así, desde los años del infante tierno que posee «el agreste prepucio de la vida secreta» (p. 71), hasta ese «Primer sexo» (pp. 77-79) que nos va abriendo al descubrimiento, y a la iniciación de la vida, los placeres pero también los sinsabores, el poeta siente los impulsos de las embestidas del paso del tiempo, con inusual rigor, aunque a la vez sabe que ha vivido, sabe que ha poseído, sabe que ha amado y ha exprimido hasta la última gota de la copa, contentándose de un modo con la contemplación —el poso platónico— de un paisaje que «parece un nudo y un anclaje» (p. 75). El sensualismo del mundo exterior todavía le interroga: «[...] ¿Los recuerdos / son tan solo un olor muy leve de lavanda?» (p. 87, de «Desdén de la memoria»), y aunque «allí solo hay sombras, / y gris y sequedad» (ibíd.), la poesía se erige como salvación, pues desde su tierna infancia también «él, bajo ese nubarrón, calado y

turbio, / procuraba construir los versos salvadores» (p. 95, de «Mal crecimiento»). El poeta, con «su verdad» (ibíd.), único baluarte frente a la intemperie de la vida, frente al páramo que nos rodea ya para siempre.

Contemplación estoica del paso del tiempo, de la naturaleza enloquecida con el viento (p. 99) o del deseo ante la belleza de la imagen masculina que sale de bañarse en la playa (p. 103)... Muchas cosas más se podrían decir de *El sueño de una sombra*, cuyo título un tanto quevedesco alude a ese poco o nada que quedará de nosotros una vez que nos hayamos ido, pero queremos dejar al lector que descubra por sí mismo ese puñado de razones que David Pujante nos ha despertado desde sus versos, versos serenos y bellos, mezclados con una prosa poética sugerente en múltiples pasajes, propicia a la rememoración y el distanciamiento de sí mismo, útil para la objetivación. A nosotros solamente nos queda agradecerle este libro, una vez más, en su sólida y ejemplar trayectoria.